

No hay nada de afectado en las lamentaciones del gran Teo en presencia de la destrucción de los objetos de arte. Yo recuerdo que en recientes disturbios y brotes de salvajismo, lo que más me dolió fué que hubiesen ardidado tablas del xv, de gran mérito. En efecto, nosotros hemos de morir, y no escaparemos de tan dura sentencia; pero la belleza es inmortal, y al transmitirse de siglo en siglo, lega á los hombres el mayor tesoro que conquistaron nunca. Decíalo el propio estético Gautier: los versos

«demeurent,  
plus forts que les airains...»

Releyendo sus *Cuadros del sitio de París*, sentimos cual nunca el horror á la furia devastadora de los que, incapaces de experimentar la fruición más alta y que más nos diferencia de los irracionales, se atreven á poner las manos en cuadros y estatuas, á acercar á ellos su tea brutal.

Como el autor de *Spirita*, nos preguntamos: ¿es posible que esta civilización de que estamos tan orgullosos, escondiese tal barbarie? Pasados tantos siglos creíamos que la fiera que reside en el fondo del hombre se hubiese domesticado un poco. ¿Quién será el Orfeo que lo consiga, si el arte, el ritmo divino, no lo logran?

Uno de los aspectos de tristeza que revisten para Teo las devastaciones, es la crueldad del destino que destruye la obra de un artista que en ella fundaba la esperanza de sobrevivir para la posteridad. Tal fué la suerte de los frescos de Chassériau, en el Tribunal de Cuentas, casi por completo quemados. Teodoro Chassériau, que había sido amigo de Gautier, murió todavía joven; á los treinta y seis años. Era discípulo de Ingres, pero no tardó en conquistar su propia personalidad. En él existían gérmenes geniales. Con Ingres se formó como dibujante; con Delacroix buscó el colorido y la nota pintoresca. Cuando había llegado á encontrar su propio camino, entre las dos admiraciones y las dos maestrías que le cautivaron, fué cuando pintó los frescos, destruidos por los monstruosos incendiarios de París. Y allí perecieron la alegoría de la *Paz*, la de la *Guerra*, como también el techo de Gendron, el *Justiniano* de Delacroix, cuanto el palacio encerraba de arte.

Con razón dice Teo que en presencia de tales ruinas amontonadas tan rápidamente, ¡dijérase que han transcurrido mil años, que sólo el paso de los siglos pudo consumir semejante destrozo!

A propósito de tales horrores hace Gautier una observación exacta. El objetivo de estas furias revolucionarias, es siempre la Prefectura de Policía. Cada faccioso cree que aniquilando los papeles, testimonio de sus actos, suprime con ellos su pasado deshonoroso. El hombre más vil y criminal no suele resignarse á serlo, y aun cuando, á veces, ostente la fanfarria del delito, anhela destruir las pruebas tangibles. El ideal sería que la acción cometida se borrara como el surco en el agua. Persiste acusadora, en papeles, y como el deudor sueña con que se evaporen los recibos, quisieran ellos aventar las cenizas de esos archivos recónditos donde se conserva el libro de oro de la delincuencia. El motín va siempre contra algo que estorba, que reprime los instintos ó perpetúa la memoria de las maldades. Los cuarenta años transcurridos desde el incendio de París no impiden que acaso puedan estas consideraciones, de un momento á otro, revestir triste actualidad...

Volviendo á la *Gioconda*, las trazas son de que se haya perdido para siempre. Cuál pueda ser el fin de los raptos, se ignora absolutamente, lo mismo que el paradero de la maravilla. Irritante misterio—todo en la *Gioconda* es misterioso,—envuelve este hecho que ha venido á consternar á Francia, punto menos que la pérdida de las provincias del Rin.

Es innegable que hubo en ello abandono notorio, descuido por parte de los que estaban obligados á velar. Durante el sitio de París, adoptáronse, contra los obuses y las bombas prusianas, minuciosas precauciones. Los mejores cuadros del Louvre fueron enrollados ó encajonados, y remitidos á Tolón, para ser embarcados con rumbo á América, si venían mal dadas las cosas, peor aun de lo que se temía. La *Venus* de Milo, reclinada en un ataúd de seda acolchada y madera fina, fué emparedada en inaccesible escondrijo, fuera del alcance de los proyectiles y de las llamas. En cambio, ahora, en tiempo de paz, dijérase que la indiferencia más completa se había apoderado de los que debían custodiar el tesoro. No faltaban, sin embargo, motivos para sentir alarma é inquietud. Robos y sustracciones, se cometían en el Louvre con frecuencia inexplicable. Tan pronto desaparecía una estatuilla fenicia, como una divinidad del antiguo Egipto. Debiera el caso hacer abrir el ojo á director y conservadores. El peligro es igual,

que desaparezca un objeto de corto valor ó la mejor prenda del Museo. Acusa idéntica negligencia.

Por otra parte—y esto tiene mucho de curioso y hasta de novelesco,—un periódico, creo que *El gri-to de París*, había estampado con todas sus letras, hace ya un año ó más, que se había realizado el robo de la *Gioconda*. No cabe duda que es cosa bien extraña, si verdadera, por verdadera, y si profética, por profética. Según el periódico, el atentado se había verificado de noche, en connivencia con altos funcionarios del Museo y sustituyendo el original de Vinci por una copia, obra de una vieja inglesa, de las muchas que se dedican á reproducir las obras maestras prolija y fielmente. Yo confieso que no pocas veces, en el Museo del Prado, me ha dado miedo notar la exactitud de algunas copias. El demonio las enreda...

Sea lo que quiera, en lo de la *Gioconda* debe reconocerse que es cuando menos singular que la categórica denuncia del diario no produjese el efecto de redoblar las precauciones y defender á todo trance la obra maestra. El periódico decía que estaba pronto á abonar una fuerte suma, si reconocido el cuadro por los expertos, resultase que era el mismo de antes, el original de Leonardo. Y el funcionario á quien transparentemente se aludía, es el mismo monsieur Homolle, director de los Museos; el que entonces se limitó á responder desdeñosamente que era imposible robar la *Gioconda*, y el mismo que ahora, á consecuencia de ese robo imposible, ya cumplido, ha sido destituido de su cargo...

La imaginación, facultad indispensable al novelista, actúa en mí, y me sugiere un sin fin de marañas y de hipótesis. ¿Y si hubiese algo de verdad en la denuncia del diario parisiense? ¿Y si el robo de ahora no fuese sino un simulacro, destinado á hacer desaparecer la prueba material del robo de antes? ¿Y si, merced al de antes, se hubiesen podido fabricar con entera tranquilidad y perfección ocho ó diez reproducciones capaces de engañar á un lince, y por las cuales, ahora se obtengan, de ocho ó diez millones, tantos antojadizos, ocho ó diez millones, haciéndoles creer á todos que adquieren la *Gioconda* auténtica? Golpe tanto más fácil, cuanto que los compradores están interesados, al menos por algún tiempo, en guardar sigilo absoluto, y que, oculta la auténtica *Gioconda*, no hay medio de demostrar que son copias las restantes..., repito que son devaneos de mi fantasía. Sólo que en la carencia de datos positivos—y las trazas son de que no los tendremos, Dios sabe hasta cuando—la fantasía vuela libremente.

Lo innegable es que estaba mal custodiada Monna Lisa, y no mejor el resto del Museo. El consuelo ya sabemos que es de tontos, pero no hay nadie que no sea tonto á ratos, y un sentimiento natural nos lleva á sufrir mejor nuestras propias adversidades, cuando son también las del vecino, y sobre todo, cuando el vecino se da tono y nos mira por cima del hombro, protegiéndonos ó desdenándonos. Por ese mismo sentimiento, cuya mezquindad reconozco de buen grado, sonreímos maliciosamente al leer, en la prensa francesa, que un cómputo estadístico ha demostrado que cada parisiense se baña al año una vez. ¡Nos han puesto tales de desaseados, de enemigos del agua! No parece que á ellos les sea muy simpática tampoco. Ciento que habrá parisenses y *parisienses* que se bañarán dos ó tres veces al día, pero siempre quedará probado que el conjunto, no se baña, nunca, nunca, nunca. Es para hacer reflexionar sobre «el cerebro de Europa.» Verdad que ya no suele llamársele así. Ya cada país quiere un cerebro para su uso particular. Chanteclair ha de resignarse á que salga el sol sin su permiso.

Si la anécdota que voy á referir pasase en España, en la morisca Granada ó la imperial Toledo, muchas agudezas inspiraría al malogrado escritor Juan Llorain, á quien en Toledo conocí, y que me hizo reír bastante con sus parodias de usos y costumbres españoles, y su manía de querer, á toda costa, ver bailar el *fundangó*. Ello sucedió en París mismo. Un grupo de *rapins* ó aprendices de pintor, encontró en la calle á una muchachita de maravillosa belleza, pero cubierta por espesa capa de mugre y roña. Entusiasmados ante un modelo tan divino, la llevaron á que se bañase. Dejaron, respetuosos, á la pobrecilla en el cuarto de baño, después de llenar la pila, y se retiraron, honestamente. Pasó una hora, pasaron dos horas, y la niña no salía de la habitación. Temerosos de algún percance, decidieron á entrar. Y encontraron á la muchacha bañada, eso sí, en lágrimas, en una actitud de terror; y cuando le dirigieron las preguntas que el caso requería, balbuceó hipando sollozos:

—¡Es que por mucho que haga, no podré beberme esa agua toda! ¡Es demasiada! ¡Y, además, está caliente!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La *Gioconda*, robada al Museo del Louvre de un modo tan misterioso, continúa sin parecer. Hay que hacerle al gobierno francés la justicia de que no cesa de realizar activas pesquisas, en todos los países del mundo, y que, por el afán de buscar la perdida joya, hasta ha seguido la bufonesca pista de León, recordando acaso que fué en España donde aparecieron aquellos célebres estafadores, los Humbert, con los cuales no había medio de acertar. Pero, hasta la fecha, en tinieblas continúan envueltos los nombres de los ladrones—nadie cree que haya sido uno solo—y el punto del globo donde Monna Lisa esconde su mágico sonreír...

Es realmente difícil aquilatar si el cuadro sustraído al gran Museo francés es el mejor del mundo, ó sencillamente, uno de los mejores. Porque en esto de arte, las opiniones y pareceres de los doctos varían, y la variación y divergencia puede fundarse en razones perfectamente confitadas en la estética más ilustrada y exigente. En la obra de arte, si á la larga es el juicio universal quien disierne la corona, como ese juicio universal se compone de la suma de juicios particulares, siempre cabe revisión, y no hay verdaderamente instrumento para medir la hermosura estético-métrica ó, si lo hay, está dentro de nosotros mismos.

En un viaje que hice por Holanda, casi exclusivamente á ver Museos, recuerdo que el guardián del del Haya, es decir, uno de los guardianes, permanecía inmóvil ante un cuadro célebre, el *Toro*, de Pablo Potter. Al fijarme en esta particularidad, creí que se trataría de un funcionario que extremase la vigilancia, temeroso de la posible sustracción, por más que el *Toro* es de tamaño natural, y no sé cómo harían, á no cortar el lienzo, para cargar con el cuadro. En algunas palabras, le indiqué la hipótesis, deseosa de saber si había adivinado los motivos de la insólita precaución. El holandés sonrió. No era lo que yo había supuesto. Era sencillamente que ante el *Toro* se armaban muy á menudo, acaloradas discusiones, y el guardián estaba allí para mantener el orden, al modo de esa gente pacífica de Holanda: con sólo su presencia, y la tácita reprobación de su gesto y su actitud. Si era preciso, intervendría más eficazmente...

Y es que el *Toro*, para muchos, es el acabóse de la pintura, técnicamente hablando, y para otros un cuadro lleno de defectos salientes como las astas del cornúpeto; y á cada momento, delante de ese trozo de lienzo que representa á un animal—sin otro asunto, sin otra idea, sino la reproducción de una realidad la más sencilla,—se enzarzan pintores é inteligentes, y los *Aoh!!!* atónitos de las *misses* turistas hacen coro á los gritos de artistas y aficionados...

La *Gioconda* era juzgada con mayor unanimidad. Su sonrisa enigmática embrujaba á todos. El plasticismo de los enamorados del arte puro; el idealismo vago de los soñadores, satisfacíanse igualmente con aquella faz singular en su hermosura, faz predestinada á juventud eterna; con aquella frente vasta, que no parecía de mujer; con aquella boca sinuosa, entreabierta como para retener el secreto de la esfinge, pronto á escaparse; con la tersura de aquellas mejillas, y aquel óvalo purísimo del contorno; con toda aquella calma profunda, sobrenatural, superior á las luchas de la vida... Teófilo Gautier, el adorador de la belleza antigua, el que dijo que si la *Venus* de Milo hubiese sido destrozada durante el sitio de París, desaparecería uno de los soles del ideal, y en el arte anochecería, ¿qué hubiese exclamado ante el robo de la *Gioconda*, realizado en plena normalidad, á la luz del sol, con París despierto y tranquilo?

Quizás sus querellas fuesen más amargas aun de lo que fueron ante las depredaciones de los que él nombraba «los gorilas de la *Commune*.»